

profundos y asiduos, pues cuando tratan de aplicarse á cualquiera ejercicio intelectual un tanto fuerte, no pueden, y acusan entónces á la filosofía, en vez de culpar de todo á la propia debilidad; razón por la cual lo más cuerdo en ellos será morir. A mayor abundamiento y para mejor persuadir, cita Platon en apoyo de su doctrina ciertas autoridades mitológicas, y hace presente á sus discípulos que, según Homero, los hijos de Esculapio no curaban nunca sino dolencias externas.

En todo era diferente de esta la filosofía de Bacon, pues entre las ciencias, la que más le importaba era la que, al decir de Platon, no podía tolerarse nunca en los Estados bien regidos. Y como no entraba en las miras de Bacon tornar perfectos á los hombres, sino hacer más llevadera y agradable la vida de los hombres imperfectos, la benéfica influencia de su filosofía era semejante á la de nuestro Padre celestial, que así da sol y lluvia á los buenos como á los malos, y así, mientras creía Platon que había sido hecho el hombre para la filosofía, creía Bacon á su vez que la filosofía se había hecho para el hombre, y hecho para llegar á un fin determinado, el cual era disminuir en la medida de lo posible los sufrimientos de millones de individuos que ni son ni pueden ser filósofos, y aumentar la suma de sus goces. La escuela inglesa de filosofía era sobrado humana para conceder que debiera tratarse como á *caput lupinum* al pobre valetudinario que se complace y se recrea tomando el sol en su sitial los días serenos del invierno, y comiendo tranquilo y metódico á sus horas, y oyendo leer los cuentos de la reina de Navarra, por más que le duela en seguida la cabeza si recorre una página del *Timeo*; y por lo que hace á Bacon, no habría

creído nunca impropio de filósofos inventar siales perfeccionados, descubrir el modo de hacer ménos desagradables las medicinas al enfermo, procurarle alimentos sabrosos y sanos y almohadas y cojines en que descansara su cuerpo dolorido, y todo esto sin abrigar la más remota esperanza de que pudiera nunca el espíritu del inválido elevarse á la contemplación ideal de lo bueno y de lo bello; que del propio modo que adujo Platon las leyendas religiosas de la Grecia para justificar su indiferencia y su desprecio hácia los misterios de la medicina, Bacon volvió por la dignidad del arte de curar invocando el ejemplo de Jesucristo y recordando al mundo que no desdeñó el médico inmortal de las almas ser también médico de los cuerpos (1).

Si de la medicina pasamos á la legislación, hallaremos las mismas diferencias entre los sistemas de uno y otro eminente filósofo. Platon, al comenzar su *Diálogo sobre las leyes*, asienta como principio fundamental que no es otro su objeto sino hacer á los hombres virtuosos, siendo inútil que hagamos resaltar las conclusiones tan extravagantes á que conduce su premisa. En cambio, Bacon, que se hallaba persuadido de la influencia poderosa de la virtud de los hombres en el bienestar y felicidad de las sociedades á que pertenecen, y asimismo sabia cuánto pueden y cuánto no pueden hacer los legisladores para estimular los pueblos á la práctica del bien, profesa principios y expone ideas acerca de los fines de la legislación y de los medios más conducentes de conseguirlos que siempre nos han parecido felicísimos, aun entre los más felices pensamientos del mismo género que abundan tanto en

(1) *De Augustis*, lib. IV, cap. II.

sus escritos, porque dice: «Finis et scopus quem leges intueri atque ad quem iussiones et sanctiones suas dirigere debent, non alius est quam ut cives feliciter degant. Id fiet si pietate et religione recte instituti, moribus honesti, armis adversus hostes externos tuti, legum auxilio adversus seditiones et privatas injurias muniti, imperio et magistratibus obsequentes, copiis et opibus locupletes et florentes fuerint (1).» Como se ve, no es otro el fin de las leyes sino el bienestar del pueblo, y los medios de conseguirlo, proveerlo de buena educacion moral y religiosa y de todo cuanto sea necesario á defenderlo de los enemigos exteriores, al sostenimiento del órden interior, y al establecimiento de un sistema judicial, rentístico y comercial tan eficaz que facilite el modo de acumular rápidamente las riquezas y de disfrutarlas en perfecta seguridad.

Hasta bajo el aspecto de la forma que debe darse á las leyes existe una diferencia notable de opinion entre el filósofo griego y el inglés. Platon creia que los preámbulos eran indispensables; Bacon los reputaba perjudiciales; ambos eran consecuentes: Platon, que consideraba el progreso moral del pueblo como fin de la legislacion, pretendia que si las leyes mandan y amenazan sin persuadir la inteligencia ni obligar la voluntad, son leyes necesariamente imperfectas; que no basta impedir la comision de los delitos y evitar la reincidencia, y que la obediencia más meritoria es aquella que rinde á la razon el espíritu ilustrado y á los preceptos de la virtud el corazón virtuoso; de aquí su convencimiento de que haciendo preceder las leyes de ciertas exhortaciones elocuentes y patéticas, pudieran

(1) *De Augustis*, lib. VIII, cap. III, Aph. 5.

éstas en parte suplir á los castigos: Bacon, que no alimentaba ilusiones y esperanzas tan románticas, y conocia los inconvenientes prácticos de la conducta recomendada de Platon, «neque nobis, decia, prologi legum qui inepti olim habiti sunt, et leges introducunt disputantes non jubentes, utique placeant, si priscos mores ferre possemus... Quantum fieri potest prologi evitentur, et lex incipiat a jussione (1).»

Tenian los dos varones eminentes que acabamos de comparar, el propósito de hacer populares sus sistemas respectivos por medio de la novela filosófica; pero ambos dejaron incompleta su obra. De no ser así, de haber vivido Platon lo bastante para dar de mano al *Critias*, el paralelo entre tan hermosa fábula y la *Nueva Atlántida* nos habria proporcionado acaso ejemplos aún más notables que todos los expuestos y más eficaces á demostrar su discordancia. Pues no hay duda de que si el griego hubiera visto establecer en su república una institucion semejante á la casa de Salomon, habria retrocedido con espanto, y dispuesto sin más tardanza la destruccion de las perfumerias, cervecerías y boticas, y el destierro inmediato de todos los preceptores y maestros del colegio.

Resumiendo, puede decirse que si el fin de la filosofia de Platon fué hacer del hombre un dios, el de la de Bacon fué proporcionarle cuanto pudiera necesitar humanamente, aspirando el primero á elevarnos por sobre el nivel de las necesidades vulgares, y el segundo á ocurrir á ellas, y siendo por tanto nobilísimo el objetivo de Platon, pero realizable y práctico el de Bacon. El arco del filósofo

(1) *De Augustis*, lib. VIII, cap. III., Aph. 60.

griego era bueno; mas, á la manera del Alcestes de Virgilio, apuntaba siempre á las estrellas, perdiéndose sus flechas en la inmensidad del espacio, no por falta de impulso, sino en razon á la distancia del blanco, bien que trazando rastro luminoso en la esfera celeste.

•Volans liquidis in nubibus arsit arundo
Signavitque viam flammis, tenuisque, recessit
Consumta in ventos. •

Bacon puso los ojos en un objeto terrestre, no distante del arco, y su flecha fué á dar en medio del blanco. La filosofia de Platon comienza y acaba con palabras sublimes, á decir verdad, y dignas y propias y cual podian esperarse de la más clara inteligencia humana, dueña y señora y árbitra de la lengua más hermosa de todas. La filosofia de Bacon comienza con observaciones y acaba con artes prácticas.

Jactábanse los antiguos filósofos de atraerse con la eficacia de su doctrina el humano espíritu, elevándolo á un grado superior de virtud y de sabiduría; pero á esto queda reducido el único bien práctico que hayan aspirado á realizar los maestros de aquel entónces; y á decir verdad, si lo hubieran conseguido, merecerian ciertamente mayores alabanzas que si hubiesen descubierto medicinas saludables, ó inventado máquinas poderosas; mas no aconteció así, pues nada consiguieron en aquellas materias por efecto de las cuales pretendian labrar la dicha humana, y que les hicieron abandonar sus intereses materiales: prometieron lo impracticable, despreciaron lo práctico, llenaron el mundo de palabras sonoras y de luengas barbas, y luégo lo dejaron tan ignorante y pervertido como lo hallaron.

Porqué ía menor cantidad de bien positivo es de más precio que la mayor promesa por espléndida que sea, si es irrealizable: vale más una fanega de tierra en el condado de Middlesex que toda una provincia en Utopía, y una máquina de vapor, que el sabio de los estoicos, á pesar de su grandeza; que máquinas de vapor las hay prestando utilísimo servicio, y el sabio de los estoicos está por ver todavía. Aquella filosofia que logre hacer al hombre capaz de sentirse perfectamente feliz, al propio tiempo que sufra terribles dolores, valdrá más que otra eficaz sólo á calmar el dolor; pero bien sabemos que si existen remedios para calmar el dolor, no ha existido ningun sabio que se hallase contento doliéndole las muelas; y así tambien la filosofia que destruyera en su gérmen la concupiscencia, seria mejor que la filosofia inspiradora de leyes enderezadas á la defensa de la sociedad; mas, si es posible hacer leyes eficaces á este fin, no sabemos de ningun filósofo que haya descubierto el modo de acabar con la concupiscencia. Ni podia ser tampoco de otra suerte, siendo estos sabios iguales ó peores que sus contemporáneos bajo el punto de vista de la moralidad, pues segun el testimonio de sus amigos lo propio que de sus enemigos, conforme á las confesiones de Epicteto y de Séneca, como á las burlas de Luciano y á las acerbas invectivas de Juvenal, es evidente que aquellos profesores de virtud poseian todos los vicios del comun de las gentes, aumentados del vicio de la hipocresia. En cambio, las personas á quienes se antoje que los fines de Bacon carecen de la elevacion y grandeza propias de los antiguos, no podrán negar que, ya fueran sublimes ó vulgares, se realizaron, y asimismo, que cada año que trascurre acrecienta el caudal de lo

que Bacon llamaba *el fruto*, y que hace la humanidad notables progresos en la senda trazada por él. ¿Se vió nunca progreso análogo entre los antiguos filósofos? ¿No dejaron el mundo como lo hallaron al cabo de ochocientos años de polémicas y declamaciones? Y no solamente nos hallamos persuadidos de esto, sino de que, aún entre los mismos filósofos, en vez de progresivo adelantamiento se advierte progresiva decadencia; porque la prolongada chochez de platónicos y estoicos vino luego á extermarse con miserables supersticiones que Demócrito y Anaxágoras hubieran rechazado despreciativamente. Y así como los esfuerzos laboriosos para pronunciar palabras nos deleitan é interesan en los niños y nos disgustan y apenan en los ancianos paralíticos, así también las extrañas ficciones mitológicas que nos seducen y encantan cuando las vemos balbucear en la cuna por la poesía griega, nos mueven á lástima y á tedio en los labios de la caduca filosofía. Sabemos que los fusiles, los relojes, los anteojos, los cuchillos y tantas otras cosas son mejores al presente que lo fueron en tiempo de nuestros padres, y mejores en aquella época que lo habían sido en otras anteriores, y procediendo á virtud de este razonamiento, nos sentimos inclinados á creer que cuando un sistema filosófico que se vanagloriaba de purificar y elevar las almas, descuidando para mejor alcanzar estos fines la mezquina y baja tarea de ocurrir á los progresos materiales, imperó por espacio de siglos, hubo de conseguir progresos morales de grandísima importancia. Pero ¿aconteció así realmente? Estúdiense las escuelas de tan profunda sabiduría cuatro siglos ántes y cuatro despues de la era cristiana; compárense los discípulos de ambas épocas, y hágase un

paralelo entre Platon y Libanio, entre Pericles y Juliano, y entónces se verá si aquella filosofía que se jactaba de ser inútil, excepto para un fin determinado, pudo alcanzarlo nunca.

Supongamos un espacio solamente que al cerrarse las escuelas de Atenas hubiera requerido Justiniano á los últimos sabios que frecuentaban todavía el Pórtico y vagaban alrededor de los plátanos para que resumieran sus títulos y merecimientos á la consideracion pública, diciéndoles: «He aquí que han trascurrido diez siglos desde el dia en que Sócrates confundió en esta ciudad famosa por tantos títulos á Protágoras é Hippias; y como durante ellos un número considerable de los hombres más ilustres de cada generacion ha hecho los mayores esfuerzos para perfeccionar la filosofía que predicais, la cual ha sido protegida magníficamente de personajes poderosos, y sus maestros estimados y reverenciados del público, y apoderándose su doctrina de toda la sávia y vigor del humano espíritu, os pregunto: ¿qué ha hecho? ¿Cúya es la verdad bienhechora enseñada por ella y que sin su auxilio no hubiéramos podido conocer? ¿Nos ha hecho capaces de realizar lo que sin ella no habríamos sido igualmente capaces de poner en ejecucion?» Preguntas son las apuntadas que hubiesen puesto en mucha perplejidad á Simplicio é Isidoro. En cambio, preguntese á un discípulo de Bacon qué ha hecho por la humanidad la nueva filosofía, como se llamaba en tiempo de Carlos II, y contestará sin tardanza: «Ha prolongado la vida, mitigado el dolor, curado las enfermedades, aumentado la fecundidad de la tierra, protegido al navegante, provisto de nuevas armas al guerrero, echado sobre precipicios temerosos y anchos rios puentes de forma desconocida

en tiempo de nuestros padres, apoderándose de rayo, iluminado la noche, aumentado la vista humana, multiplicado la fuerza muscular, acelerado los movimientos, acortado las distancias, facilitado las relaciones, la correspondencia, los buenos oficios, el despacho de los negocios, permitido al hombre sumergirse sin riesgo en las profundidades del mar, y remontarse como las águilas á inmensas alturas, y penetrar en las entrañas de la tierra, y cruzar los continentes y surcar los mares en carruajes y barcos movidos con rapidez extraordinaria sin caballos ni velas. Y esto, áun siendo ya mucho, no es sino parte de sus primeros frutos; porque la llamada nueva filosofía ni descansa, ni cree llegar á la meta nunca, ni ménos á la perfeccion; y como su ley es el progreso, el punto que ayer fué apenas perceptible en los horizontes de la ciencia, hoy será su objetivo y mañana su punto de partida.»

Mas por grandes y variadas que fueran las facultades de Bacon, debe principalmente su extensa y duradera celebridad á la circunstancia de que todas ellas recibieron impulso del buen sentido. Su amor á lo útil, áun siendo la utilidad vulgar, su generosa y fuerte simpatía por las nociones populares del bien y del mal, y su franqueza en declararlas constituyen el secreto de su influencia; que no hubo en su filosofía jerga trapacera ni fantasías, ni poseyó ungüentos prodigiosos para componer los huesos rotos, ni pomposas teorías *de finibus*, ni argumentos ocasionados á enloquecer á la humanidad. Sabía que los hombres, y los filósofos igualmente que los demas, aman la vida, la salud, el bienestar, la honra, la seguridad y el trato de sus amigos, y que temen la muerte, las enfermedades, el sufrimiento, la pobreza, la deshonra, el peligro y la separacion

de aquellos á quienes aman, y asimismo que la religion acaba raras veces con estos naturales afectos y movimientos, si bien suele regularlos y moderarlos, estando persuadido de que no debía despojarse de ellos á la humanidad, y en cuanto á destruirlos por medio de frases como las de Séneca, ó de silogismos como los de Chrysippe, ni siquiera pudo pensar en tamaño absurdo inteligencia tan superior cual lo era la suya ciertamente, alcanzándosele áun ménos todavía la ventaja que resultara de cambiar las cosas de nombre á no ser posible mudar su esencia, negando que la tortura, la gota, el hambre y la ceguera fueran males, y llamándolos *ἀποπροήγμενα*, y sosteniendo que la salud, la seguridad y la abundancia no fueran bienes, y dándoles el nombre de *ἀδιόφορα*, porque acerca de todas estas materias ni era estoico, ni epicúreo, ni académico, sino lo que académicos, epicúreos y estoicos hubieran denominado *ἰδιώτης*, es decir, un hombre vulgar. Precisamente á causa de esto forma época en la historia el nombre de Bacon, pues como ahondó profundamente para echar los cimientos, y que para establecer sólidamente sus principios, descendió á las partes inferiores pero inmutables de la naturaleza humana, pudo levantar mucho el edificio, y el monumento construido por él adquirió tan gigantescas proporciones, que permanece firme y derecho todavía en su inmutable poder.

Reflexionando acerca de esto, hemos pensado algunas veces que podria escribirse una novela muy entretenida, cuyos principales personajes fueran un discípulo de Epitecto y otro de Bacon. Los haríamos viajar juntos, y llegar así á un pueblo invadido de la viruela, en el cual se vieran discurrir por las calles madres desesperadas llorando la pérdida de

los hijos, en las casas enfermos y moribundos, y en todas partes muestras repetidas y evidentes de duelo y consternación. El estoico arenga la muchedumbre y le asegura que la viruela no es un mal, y que para el sabio las enfermedades, la deformidad, la muerte y la pérdida de sus deudos no son desgracias. El discípulo de Bacon saca una lanceta de su cartera y se pone á vacunar. Siguen viajando, y cerca de una hullera encuentran restos de una cuadrilla de trabajadores que les hablan aterrados de la reciente catástrofe ocurrida en el fondo de la mina. Es el caso, que acaba de tener lugar una explosión de gas, que han muerto muchos compañeros abrasados y que los supervivientes no se atreven á penetrar en las galerías. El estoico les dice para tranquilizarlos que el accidente no pasa de ser un ἀποροήγητον; pero el discípulo de Bacon, que no sabría tal vez emplear palabra de tanta sonoridad, se da por satisfecho inventando una lámpara para el caso. Más adelante, orillas del mar, encuentran un hombre desesperado: su barco acaba de naufragar, y en él traía un cargamento de valor inestimable, pasando con esto en un instante de la opulencia á la miseria. El estoico lo exhorta á despreciar la riqueza, á no buscar la felicidad en aquello que reside fuera de su sér, y para mejor persuadirlo le repite íntegro el capítulo de Epitecto πρὸς τοὺς τὴν ἀπορίαν δεδοικότες; entre tanto, el discípulo de Bacon construye una campana de buzo, y se sirve de ella para sumergirse, buscar los objetos más preciosos de la carga y subirlos á la playa, remediando así en la medida de lo posible aquel siniestro. Fácil sería multiplicar los ejemplos eficaces á establecer la diferencia entre la filosofía de las espinas y la filosofía de los frutos, entre la filo-

sosía de las palabras y la filosofía de las obras.

No ha faltado quien acuse á Bacon de ponderar la importancia de las ciencias que contribuyen al bienestar físico del hombre, no curándose mucho de la filosofía moral, y, en efecto, es innegable que quien lea el *Novum Organum* y el *De Augmentis*, sin conocer las circunstancias bajo cuya influencia fueron escritas ambas obras, puede hallar en ellas pasajes que justifiquen el cargo. Pero, no obstante, aun cuando es positivo que Bacon cometió grandes errores, y que su obra histórica y sus ensayos prueban la falta de solidez, siquiera teórica, de las opiniones del autor en punto á moralidad política, tenía sobrado talento é ilustración para comprender cuánto depende nuestro bienestar de la buena disciplina y sujeción de nuestras almas; que no estaba poblado únicamente de hombres sensuales y malhechores, y lleno de ruedas hidráulicas, locomotoras y telares, el mundo de sus pensamientos, como parecen imaginarlo algunas personas, pues habría sostenido en caso necesario con entereza digna del mismo Zenon que todos los goces materiales inventados del ingenio y de la actividad de cien generaciones no pueden proporcionar la felicidad al hombre cuyo espíritu sea esclavo de la tiranía de los vicios, de la envidia, de la mala voluntad ó del miedo. Pues si á las veces parecía dar importancia muy exclusiva en todo á las artes que acrecientan el número de goces materiales, consistía en que fueron estas injustamente despreciadas, y reputadas ántes por indignas de la atención de quien hubiera recibido educación liberal. «Cogitavit, dice Bacon hablando de sí mismo, eam esse opinionem sive æstimationem humidam et damnosam, minui nempe majestatem mentis humanæ, si in experimentis et

rebus particularibus, sensui subjectis, et in materia terminatis, diu ac multum versetur: præsertim cum hujusmodi res ad inquirendum laboriosæ, ad meditando ignobiles, ad discendum asperæ, ad practicam illiberales, numero infinitæ, at subtilitate pusillæ videri soleant, et ob hujusmodi conditiones, gloriæ artium minus sint accomodatæ (1);» opinion que le parecia «omnia in familia humana turbasse.» Y como era sin duda esto lo que tornó á los filósofos negligentes respecto de nuestras artes de más grande utilidad y susceptibles de transcendentales progresos, dejándolas abandonadas á los carpinteros, albañiles, tejedores, herreros y boticarios, se hacía menester reivindicar su dignidad, volver por ellas, ponerlas de manifiesto de modo conveniente y decir que, pues influyen mucho en la felicidad y bienestar humano, son merecedoras de ocupar y preocupar las inteligencias superiores. Y como además, sólo valiéndose Bacon de los ejemplos que le suministraban esas artes, podía fácilmente divulgar sus principios y hacer fácil su inteligencia, y sólo á virtud de su progreso demostrar la importancia de su doctrina rápida y decisivamente, inculcándola en las inteligencias vulgares, procedió como los generales aguerridos y prácticos, que debilitan su línea de batalla para fortificar aquel punto más amenazado y combatido del enemigo, y de cuya posesion parece depender la suerte de la batalla. No obstante de ser así, Bacon afirma con verdad en el *Novum*

(1) *Cogitata et Visa*. La frase *opinio humida* sorprenderá tal vez á los lectores no acostumbrados al estilo de Bacon; pero alude con ella á la máxima del nebuloso Heráclito que dice: *La luz seca es la mejor*. Bacon entendía por luz seca la del espíritu libre de los vapores de la pasión, del interés ó de las preocupaciones.

Organum, que así es moral como natural su filosofía, y que aun cuando busca sus ejemplos en la ciencia física, los principios que sirven á explicar esos ejemplos tan aplicables son á las investigaciones morales y políticas como á las investigaciones acerca de la naturaleza del calor y de la vegetación (1).

Bacon trató con repeticion puntos de moral, y empleó en su estudio el ingenio que anima todo su sistema, dejándonos multitud de observaciones prácticas admirables acerca del asunto designado por él con el nombre singular de Geórgicas del espíritu, esto es, del cultivo intelectual que tiene por objeto producir y desarrollar buenas aptitudes; y decía con esta ocasion que acaso no faltara quien le hiciera cargos por haber empleado su actividad especulativa en orden á verdades tan triviales y de tan poco momento que sus predecesores ni aun pensaron en ellas; pero les rogaba tuvieran en memoria que habia dicho desde el principio que se preocuparía en sus investigaciones, no de lo extraordinario y sorprendente, sino de lo útil y verdadero, no de las ilusiones engañosas de la fantasía, sino de las realidades humildes y prácticas (2).

Consecuente, pues, con este principio, no se preocupó nuestro filósofo de redactar largas tiradas en tono declamatorio sobre la conveniencia de las cosas, la suficiencia de la virtud y la dignidad de la naturaleza humana, ni empleó nunca las sonoras naderías merced á las cuales pretendia consolarse Bolingbroke en el ostracismo, y Ciceron despues de haber perdido á Tulia; que las sutilezas casuísticas

(1) *Novum Organum*, lib. I. Aph. 127

(2) *De Augmentis*, lib. VII, cap. I.

que tanto llamaban la atención de los ingenios más claros de aquel entónces ninguna influencia ejercian en su ánimo. Bacon se abrió paso desdeñosamente por entre los doctores que, andando el tiempo, comparó Escobar con las cuatro bestias y con los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, diciendo: *Inanes plerumque evadunt et fuitiles* (1); no se propuso en modo alguno resolver los enigmas que habian puesto en cuidado á centenares de generaciones y que seguirán siendo causa de inquietud para otras tantas; no habló de los fundamentos de la obligacion moral, ni del libre albedrío; ni se mostró jamás dispuesto á emplear su inteligencia en trabajos parecidos á los de los condenados al Tártaro de los Griegos, esto es, á mover eternamente la misma rueda en torno del mismo eje, á suspirar eternamente por frutos eternamente ilusorios y engañosos, á echar eternamente agua en toneles eternamente desfondados, ó á recorrer el mismo camino eternamente, impulsando una piedra que retrocede sin cesar; sino que alentaba y estimulaba á sus discípulos á consagrar las facultades del espíritu á investigaciones de un órden muy diverso, esto es, á considerar la ciencia moral como ciencia práctica, como ciencia que tenía por objeto curar las enfermedades y perturbaciones del espíritu, y que no podia perfeccionarse sino á virtud de método análogo al que ha perfeccionado la medicina y la cirugía. Pues decia que los filósofos moralistas debian poner resueltamente manos á la obra para descubrir cuáles fueran los resultados prácticos obtenidos sobre el carácter de los hombres con los diversos modos de educacion, con ciertos y determina-

(1) *De Augmentis*, lib. VII, cap. II.

dos hábitos, con el estudio de ciertos libros, con la sociedad y el trato de gentes, la emulacion y la imitacion; medio, segun él, eficaz y propio de averiguar cómo sería el procedimiento más acertado para conservar y restablecer la salud del alma (1).

Era Bacon en teología lo propio que en filosofía natural y moral. Creia sinceramente, así es al ménos nuestro íntimo convencimiento, en la divina autoridad de la revelacion cristiana, y de tal modo, que nada es posible hallar en sus obras, ni en ninguna otra, más elocuente y patético que ciertos párrafos escritos de su mano bajo la influencia del fervor religioso. Gustábale demostrar que tenía el cristianismo poder de realizar mucho de aquello que los filósofos no acertaban sino á prometer, y de representarlo como vinculo de caridad, freno de malas pasiones, consuelo de afligidos, apoyo de menesterosos y débiles, y esperanza de moribundos; mas no le preocupaba mucho la controversia en órden á cuestiones teológicas. Escribiendo acerca del gobierno de la Iglesia, dió muestras, en la medida de lo que creyó posible, de hallarse animado de caridad y tolerancia; y sin curarse de homousianos, homoinsianos, monoteistas y nestorianos, vivió tranquilo en medio de la general sobreexcitacion que agitaba entónces la Europa, y aún más todavia la Inglaterra, por efecto de las disputas teológicas; como que á pesar de hallarse colocado en lo más recio de la lucha, y de ocupar un cargo público de importancia en ocasion del sínodo de Dordrecht, y de haber oido hablar hasta la saciedad de la eleccion, de la reprobacion y de la perseverancia final, no recordamos haber leído en sus obras una sola línea de cuyo

(1) *De Augmentis*, lib. VII, cap. III.

sentido pueda inferirse que fué calvinista ó arminiano; pues mientras resonaba el mundo con el estruendo de una filosofía y de una teología ganosas de sutilezas y disputas, la escuela de Bacon, del propio modo que Alworthy entre Square y Thwackum, guardaba tranquila neutralidad, despreciativa y benévola juntamente, dándose por satisfecha con acrecentar el caudal del bien positivo y práctico, y abandonando á otros el ejercicio de la estéril locuacidad.

Nos hemos detenido largo espacio en orden al objeto de la filosofía de Bacon, porque de su carácter distintivo y propio se desprenden necesariamente todos los demas de ella, y añadiremos ántes de proseguir que casi ninguno de cuantos se han propuesto el mismo fin se ha valido de idénticos medios, únicos de conseguirlo.

Pero cuando se habla de Bacon se cree generalmente que inventó nuevos métodos para llegar al conocimiento de la verdad, el de induccion, vg., y que descubrió algun error en el modo de razonar por silogismo, tan en boga en épocas anteriores á la suya; creencia casi tan discreta como aquella de las gentes que imaginaban en la edad media que Virgilio era brujo de mucha cuenta; y si bien las personas ilustradas rechazan tales absurdos, sus nociones de lo que realmente hizo el filósofo inglés acerca de la materia no son puntuales sino equivocadas.

Porque su método de induccion lo han practicado todas las criaturas humanas desde el principio del mundo, así el labriego ignorante, como el muchacho más torpe, y hasta el niño de pecho, siendo aquel en cuya virtud el campesino conoce que sembrando cebada no cosechará trigo, y el muchacho

sabe que los dias nublados son propicios á la pesca de truchas, y el niño de pecho busca el seno de su madre ó de su nodriza, y nunca el de su padre.

Y no sólo es inexacto que Bacon inventara el método de induccion, sino que tampoco es cierto que fuera el primero en analizarlo de una manera puntual y en explicar sus ventajas. Pues mucho tiempo ántes de que Bacon viniese al mundo, había demostrado Aristóteles cuán absurdo era suponer que pudieran en ningun caso conducir los silogismos al descubrimiento de nuevos principios, probando que la induccion era el único método eficaz para llegar á ellos; y á mayor abundamiento hizo breve y rápida, pero clara y precisamente, la historia del modo y orden de la induccion.

Léjos está de nuestro ánimo atribuir grande importancia bajo el punto de vista práctico al análisis del método de induccion que inserta Bacon en el segundo libro del *Novum Organum*, porque si bien es ciertamente análisis correcto y circunstanciado, lo es de aquello que todos hacemos cada dia, y de lo que seguimos haciendo hasta en sueños. Por ejemplo, un hombre cualquiera se siente indispuerto, y aunque jamás haya oido hablar de lord Bacon, sigue de su propio movimiento y rigurosamente las reglas consignadas en el segundo libro del *Novum Organum*, y adquiere por tal modo la certidumbre de que la causa de todo su mal está en unos pastelillos que comió. «Comí, dice, pastelillos, lunes y miércoles, y he tenido una indigestion que no me ha dejado descansar en toda la noche.» Esta es la *comparentia ad intellectum instantiarum convenientium*. «No los comí martes ni viérnes, y me fué perfectamente;» *comparentia instantiarum in proximo que natura data privantur*. «Apénas si comí